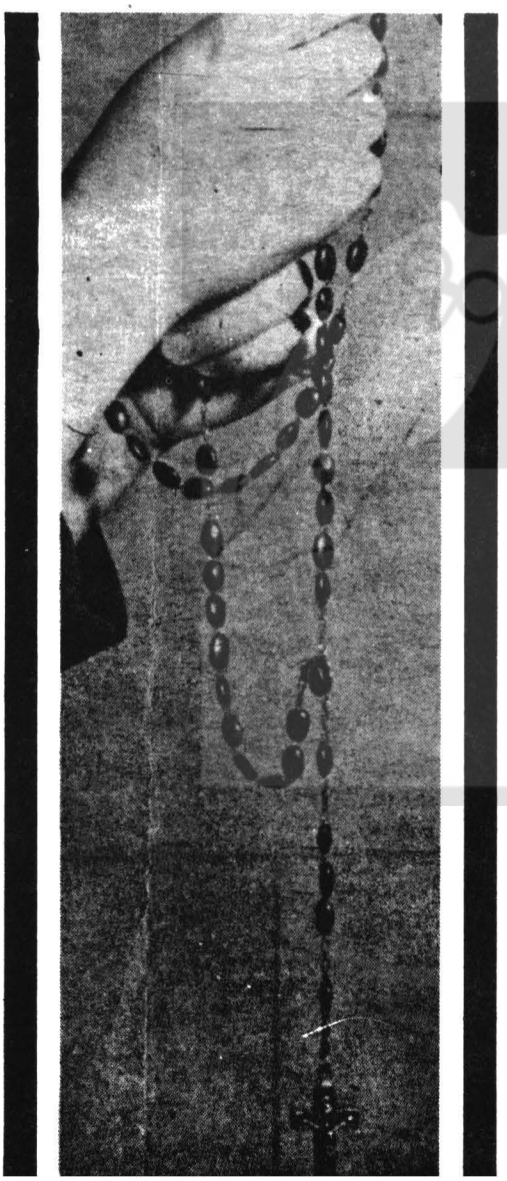
IGNACIO ELLACURIA

IGLESIA Y REALIDAD HISTORICA*



El historiador de nuestros pueblos se encuentra forzosamente en la descripción, análisis e interpretación de la realidad histórica con la Iglesia; el historiador de la Iglesia se encuentra también forzosamente con la realidad histórica en la que la Iglesia se ha ido dando. ¿Es esto una pura casualidad? El encuentro de la Iglesia y de la realidad histórica, ¿es un encuentro puramente externo o es un encuentro necesario y profundo desde una adecuada reflexión teológica sobre la Iglesia? ¿Puede hacerse una acertada historia de la Iglesia sin preguntarse por su presencia en la realidad histórica de todos los días? La respuesta a estas preguntas sólo puede hacerse desde una precisa consideración teológica de la Iglesia, y esta consideración puede servir de razón teológica, orientadora de la labor teórica del historiador, quien contará así con un criterio para determinar cuándo la intervención de la Iglesia en la realidad histórica ha sido verdaderamente eclesial y cuando ha sido un abuso o, al menos, un mal uso de su poder.

Es un hecho indudable y de un volumen llamativo el que la Iglesia, sobre todo en el caso de nuestros pueblos latinoamericanos, se ha preocupado de la realidad histórica y ha contribuido, en buena parte, a configurarla; ella asimismo ha sido configurada por las distintas formas en que la realidad histórica se ha ido presentando en su incesante proceso. Este mutuo influjo de la realidad histórica sobre la Iglesia y de la Iglesia sobre la realidad histórica es lo que constituye el fundamento de lo que podemos llamar la dimensión política de la Iglesia. Esta dimensión política que afecta necesariamente a la misión de la Iglesia, hace que esta misión se presente de modo cambiante según los distintos momentos de la historia. Y esto no sólo por el cambio de la historia sino por la autocomprensión misma de la Iglesia y por sus diversos modos de acceso a la realidad histórica. En algunos casos la aproximación de la Iglesia a la realidad histórica ha podido ser cristianamente favorable para ambas; pero en otros ha sido desfavorable para ambas y, desde luego, para la Iglesia en su misión salvadora. Preguntarse cuándo ha ocurrido esto y por qué, ateniéndose en la búsqueda de la respuesta a lo que dan los hechos y no a prejuicios teóricos, supuestamente científicos, es tarea fundamental de los historiadores de la Iglesia. Lo que la teología puede y debe aportar a los historiadores es aquella presentación de la Iglesia, que la muestre en necesaria referencia con la realidad histórica y desde esa referencia con el modo que le es propio en tanto que Iglesia.

La relación de la Iglesia con el mundo ha sido permanente desde sus primeros pasos, sencillamente

* Conferencia preparada para el grupo de historiadores Centroamericanos que trabajan en la historia de la Iglesia promovida por CEHILA.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

porque es esencial a la Iglesia. Y le es esencial, porque el envío que el Espíritu de Jesús hace a sus seguidores y discípulos, la misión de la que les inviste, es 'misiva' al mundo, a las naciones, porque es en el mundo y entre los distintos pueblos donde cada una de las personas encuentra y realiza su salvación. Pudiera parecer que la misión de la Iglesia deba dirigirse a individuos descolectivizados y despolitizados, esto es, deshistorizados, pero caer en esta tentación sería fatal para entender la real misión de la Iglesia. Ciertamente la Iglesia se dirige a las personas y se dirige personalmente a las personas, pero a las personas reales, a las personas que se realizan como tales en un mundo histórico, a las personas que se realizan construyendo la historia. Olvidar esta esencial referencia de la persona a la transformación del mundo es refugiarse tras una nube hipócrita para no dejar ver el secreto deseo de que el mundo siga como está o el miedo no confesado a enfrentar la propia obligación de lucha y de contradicción con un mundo que deshumaniza y descristianiza a los hombres.

En el otro extremo podría la Iglesia dedicarse de tal manera al mundo que en esa dedicación perdiera a la par la verdadera preocupación por las personas y por los contenidos más específicos de su misión. No es de hoy esta tentación. En su afán de relacionarse con el mundo, la Iglesia, en sus aspectos más visibles y organizativos, se ha convertido a veces en una fuerza política, que ha defendido intereses públicos y políticos bien concretos, so capa de contribuir a sustentar los verdaderos intereses de Cristo. Eran, sin embargo, sus propios intereses —posesiones, derechos y privilegios— o los intereses de los poderosos de este mundo, objetivados en los intereses primarios de una determinada sociedad.

No se trata de un proceso lineal, que pueda seguirse unitariamente a lo largo de la historia de la Iglesia. Pero por lo que toca a la Iglesia latinoamericana tal vez pueda descubrirse una dirección dominante, que pudiera llamarse el paso de un régimen de cristiandad dominada a un régimen de cristianismo liberador; paso posible porque no todo en el régimen de cristiandad fue pura mundanización de la Iglesia, pero paso difícil porque el compromiso con un cristianismo liberador ni es entendido de una sola forma por los miembros de nuestra Iglesia ni, menos aún, es vivido intensamente por toda ella. Es esta incipiente entrega distinta al mundo de los pobres lo que causa hoy más problemas, pero en ella está el quicio del paso de la cristiandad dominada al cristianismo liberador. La Iglesia latinoamericana ha tenido una larga tradición de cuidado misericordioso con los pobres y también una larga tradición de lucha contra las fuerzas que se le resistían. La novedad de hoy consiste en que la Iglesia empieza a emplear su fuerza, tanto su fuerza profética como su fuerza social, a favor de los pobres; y a los pobres entendidos unitariamente como pueblo oprimido, como pueblo de los necesitados. La novedad, entonces, es doble: ya no son sólo algunos miembros de la Iglesia sino la Iglesia que, en Medellín, ha formalizado un compromiso global; y, por otro lado, ya no son los necesitados, tomados uno a uno, sino el pueblo de los necesitados, entre los que quiere introducirse para luchar juntamente con ellos en su proceso de liberación.

Esto hace que cobre mayor relieve la dimensión histórica de la Iglesia, pero de tal modo que en ese mayor relieve aparezca más plena y vigorosamente la dimensión cristiana de la historia. Con lo cual la relación de Iglesia y realidad histórica aparece desde una nueva perspectiva. Y esta nueva perspectiva es la que permite un nuevo enfoque de lo que ha sido la historia de la Iglesia. Aceptada, en efecto, la necesidad de que la Iglesia se implique en la realidad histórica, la pregunta teológica concreta, que puede servir al historiador de la Iglesia, es la de cuál es el modo adecuado de esa implicación. Hablamos de un modo fundamental, que a lo largo de la historia puede modularse de forma distinta, y no de un criterio mecánico conforme al cual juzgar la historia de un modo unívoco, es decir, ahistóricamente. La historia de la salvación pasa por la salvación de la historia, y esta es la razón última por la que la Iglesia, que busca salvar, tiene que vérselas con la historia 'salvíficamente'. Pero su modo de anunciar y predicar la salvación será distinto según sea el modo como se vaya presentando la historia en cada lugar y en cada momento. Un modo, por ejemplo, debió ser en la conquista, otro en la colonia, distinto en la independencia y hoy, a su vez, distinto. ¿Lo ha sido efectivamente? ¿Lo ha sido como debiera haberlo sido? De nuevo son preguntas que tendría que responder el historiador de la Iglesia, teniendo en cuenta lo que puede dar de sí la salvación anunciada y realizada por la Iglesia y lo que en cada caso es la situación histórica en la que la Iglesia pretende realizar su misión salvífica, pero históricamente, esto es visible y realmente, aunque a modo de signo.

Puede ser difícil para el historiador de la Iglesia encontrar el hilo conductor de su investigación. Por un lado, la institución eclesial está ahí como una más de las instituciones que en cada momento son afectadas por la realidad histórica a la vez que afectan a esa misma realidad; en su carácter de institución social debe ser historiada con las mismas categorías y con los mismos métodos que el resto de las instituciones sociales. Por otro lado, la Iglesia pretende ser más que una pura institución social, pretende entenderse a sí misma como instrumento de una salvación suprahistórica; en su carácter de ins-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

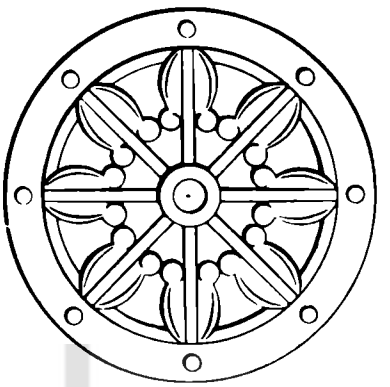
trumento de salvación, no es fácil de encontrar el modo de verificar e historizar su pretensión salvífica.

Esta dualidad de la Iglesia puede ser superada teológica e históricamente desde la categoría de signo. Una categoría de gran importancia en la tradición teológica: la Iglesia como signo y sacramento de salvación. El signo, por su propia naturaleza, debe ser algo visible y verificable; el signo, a su vez, por su propia naturaleza debe remitir a algo que está en relación con él, pero que no es él mismo. El signo no tiene por qué parecerse a lo que quiere significar; el signo linguístico, por ejemplo, no se parece al mensaje que quiere transmitir, pero su efectividad está en transmitir el mensaje. El signo no es sino una mediación activa entre dos extremos, cuya conexión no puede ser inmediata. En nuestro caso Dios y el hombre no se unen si no es en un proceso histórico y ese proceso histórico es la historia de la salvación; en esta historia de salvación que es, en algún modo, salvación de la historia, cobra visibilidad y eficacia la presencia de Dios entre los hombres. Si la Iglesia, entonces, es capaz de constituirse históricamente como signo histórico, en su proceder histórico, de la presencia del Reino de Dios entre los hombres, su aparente dualidad quedará superada: su aspecto teologal y su aspecto histórico, sin quedar identificados, se presentarán unificados. Cómo y por qué esto sea así es lo que queremos mostrar en los dos siguientes apartados.

La Iglesia, signo de credibilidad

La Iglesia debe ser la visibilización continuada en la historia del misterio de Jesús de Nazaret, del Jesús histórico, que en su humanidad histórica fue haciendo presente entre los hombres la presencia del Padre. Su vida histórica no era algo extrínseco a su condición de Hijo y Revelador del Padre; no es su humanidad histórica la divinidad sin más, pero es aquello en que la divinidad compartida se nos hace posible y aquello por lo que, visto desde la historia humana, hace también posible su carácter de mediador: de camino, de verdad y de vida.

La vida histórica de Jesús, la historia de Jesús, es la clave fundamental de lo que Dios quiere de los hombres. Si la Iglesia quiere continuar la misión de Jesús, debe proseguir su ejemplo histórico; debe ser signo de la presencia salvífica de Dios entre los hombres del mismo modo como lo fue Jesús. La recuperación del Jesús histórico para la configuración de la misión de la Iglesia, de su misión pública entre los hombres, es la clave teologal e histórica para un hacer auténticamente cristiano. Ciertamente el Jesús histórico muestra su plenitud en el día de la Resurrección y de la Exaltación al Padre, pero esta Resurrección y Exaltación no anulan el significado de lo que ocurrió en su vida histórica. Todo lo contrario, nos remiten a su vida histórica. Fue la fe en el Resucitado, en el Señor de la historia, lo que obligó a las primeras comunidades cristianas a retrotraerse a la vida histórica de Jesús, precisamente porque sin esta referencia a lo que realmente ocurrió en su vida, a lo que realmente vieron los hombres que le acompañaron, aquella fe en el Resucitado podía convertirse en una pura celebración mistérica sin relación alguna con la Pascua de la vida. Había sido la vida humana de Jesús tal como culminó históricamente en la muerte política de la cruz, la que había hecho posible la Resurrección y la que iba a seguir haciendo posible una Iglesia resucitada, una Iglesia del resucitado históricamente.



¿Por qué la Iglesia y en virtud de qué va a buscar la presencia plenamente salvífica de Dios entre los hombres por distinto camino del que siguió su Cabeza? Fue el Jesús histórico el que tras la muerte de cruz nos reveló la plenitud de su ser en la resurrección; fue el Jesús histórico el que predicó de una manera bien determinada el Reino de Dios y el que de una manera bien determinada lo hizo presente entre los hombres. Se hizo creible a sí mismo en lo que hizo y en lo que habló; en lo que habló y en lo que hizo se constituyó en camino, en verdad y en vida. No hay otro camino, no hay otra verdad, no hay otra vida, si de lo que se trata es de poner en relación salvífica a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Teóricamente Dios hubiera podido manifestarse de otro modo, pero su manifestación histórica tiene su significado fundamental. Pero todavía es más claro, que si el camino de Dios a los hombres es Jesús de Nazaret, el camino del hombre a Dios es el seguimiento de ese mismo Jesús de Nazaret. Las grandes conversiones históricas de la Iglesia han sido por esta vuelta al Jesús histórico, así como sus grandes desvíos han ocurrido, cuando se ha apartado del seguimiento histórico de Jesús de Nazaret.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

No pretendemos aquí mostrar todas las líneas que pueden trazarse en seguimiento histórico de Jesús. Bástanos para nuestro propósito insistir en esta idea fundamental: no sólo cada cristiano sino la Iglesia como tal debe preguntarse en cada momento cómo tiene que seguir al Jesús histórico y cómo tiene que continuar históricamente su misión. Uno de los criterios importantes, desde esa intención fundamental hecha mandamiento primero de la misión apostólica, es preguntarse desde la propia situación y desde la propia realidad histórica cómo hacer ese seguimiento.

Entre las diversas líneas de seguimiento hay una que no puede faltar, hay una que es criterio fundamental y permanente. Cada vez más la contemplación cristiana de la vida de Jesús y los mismos estudios bíblicos, históricos y teológicos dan mayor importancia a la relación de Jesús con su mundo, a la relación de Jesús con su realidad histórica. Siempre se le había visto a Jesús en relación con el mundo: con Herodes que le quiere matar porque prevé en El un rival para su reino temporal; con escribas y fariseos que pretenden disputarle la legitimidad del nuevo y definitivo camino hacia Dios; con los saduceos y los ricos que veían en Jesús un denunciador implacable de la injusticia de sus riquezas; con los sacerdotes, sobre todo los jefes y los de casta elevada, que con la llave del templo cerraban el acceso a Dios en toda hora y lugar; con Pilato y los romanos que le clavan en la cruz. Siempre se le había visto así, pero tal vez no siempre se caía en la cuenta del volumen que esta precisa referencia al mundo tenía en la vida de Jesús, ni menos aún se daba la debida importancia a la unidad que subyace en todas esas relaciones. Todos esos grupos, en efecto, no sólo eran grupos con nombre y apellido, es decir, grupos individualizados; eran también fuerzas públicas, poderes condicionadores de la realidad social y religiosa del pueblo judío. Cada día empieza a parecer menos llamativo el que se insista en que Jesús fue muerto históricamente por aquellos que vieron en El y en su predicación un enemigo de sus propios intereses. La palabra y el ejemplo de Jesús, que sólo buscaban predicar el Reino de Dios, se convertían inexorablemente en una fuerza que se enfrentaba con los intereses económicos y políticos. Jesús entra en colisión con su realidad nacional, porque predica el Reino de Dios entre los hombres.

No hay duda tampoco, desde lo que fue la vida de Jesús, tal como nos las describen los Sinópticos y, en general, todo el Nuevo Testamento, que esa vida estuvo dedicada con especial predilección a los más necesitados. El mismo, un pobre entre los pobres, un Dios que estima peligroso predicar el Reino a través de la riqueza y el poder, desde el anuncio del cumplimiento del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret, se presenta a sí mismo como el ayudador de los necesitados y el liberador de los oprimidos. Ciertamente esta liberación tiene en El características especiales; no es la liberación del puro poder político ni es una liberación de carácter técnico. Pero no es tampoco una liberación evasiva, puramente interior. De lo contrario, no se le hubieran opuesto a muerte los opresores de su tiempo. Entre un puro activismo político, que buscaba en la violencia de las armas una liberación a la par religiosa y política, y un puro religiosismo evasionista que buscaba la salvación en la huida del mundo, Jesús nos muestra en su vida un nuevo camino y una nueva verdad: la de quien busca a través del Reino de Dios la plena liberación del hombre. Es el Reino de Dios el que salva y el que definitivamente libera, pero es un Reino que está dentro del mundo, que opera en él y que, si de ninguna manera realiza lo que promete, es que no puede considerarse como verdadero.

Pues bien, la Iglesia, nuestra Iglesia, tiene que seguir esta misma pauta. No hay otro nombre en que pueda confiar, no hay otra manera en que pueda anunciar y realizar la salvación. Si quiere, como debe, ser signo de credibilidad tiene que manifestar en todo lo que hace y en lo que dice la presencia visible e histórica de Jesús. No ha de inventar muchas cosas, tiene tan sólo que acomodar a su propia cir-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

cunstancia histórica lo que fue la vida de Jesús. Lo que se ve de la Iglesia debe ser, en cuanto sea posible, lo mismo que se veía en aquel Jesús, que Dios envió al mundo como salvación.

La Iglesia, sacramento de salvación

Jesús de Nazaret no sólo significó, hizo visible y presente, al Dios que salva al mundo sino que puso en marcha la salvación de los hombres en la historia. Esta historia de la salvación venía desde el principio de los tiempos, cuando Dios creó el mundo para divinizarlo; tuvo mayor relieve en la historia del pueblo elegido, una historia política y humana, entrelazada con todos los avatares de un pueblo en relación con otros pueblos y de un pueblo que dentro de sí mismo presentaba problemas sociales y políticos bien típicos. Pero esta historia de la salvación tiene su momento culminante, aunque no definitivo, en la vida de Jesús con su muerte y su resurrección.

Con frecuencia la Iglesia presenta la salvación desde la perspectiva de los sacramentos. Y con razón, porque la estructura sacramental es esencial a la Iglesia. Pero los sacramentos son posteriores al sacramento, y el gran sacramento, el sacramento originario y fundamental es Jesús, el Cristo, y con El y por El, la Iglesia misma. Este es un pensamiento que, patente en todo el Nuevo Testamento, es formulado explícitamente por San Pablo y es reasumido por la tradición patrística. Cristo es nuestro gran sacramento. Esto significa, por lo pronto, que El es el signo por antonomasia de Dios salvador, como lo hemos expuesto en el apartado anterior, pero que es también el signo eficaz, el signo que verdaderamente realiza lo que anuncia: la salvación de Dios en la historia.

Esta salvación tiene dos aspectos esencialmente entrelazados: es liberación de nuestros pecados y es divinización de nuestra humanidad. Esta conexión es esencial en el mensaje de Jesús: "arrepiéntanse de sus pecados porque se acerca el Reino de Dios". La vida de Jesús se consume así entre una denuncia efectiva del pecado en lucha permanente contra él y en un anuncio de lo que debe sustituir en la vida de los hombres al pecado. Cualquiera que abra los Evangelios podrá comprobar los caracteres de esta su doble misión salvífica: precisamente porque trae consigo la salvación de Dios lucha proféticamente contra la negociación de Dios entre los hombres. Ya dijimos antes, cómo en esta lucha, cuyos caracteres dramáticos llenan de nubes negras la relación de los evangelistas, Jesús sacude los cimientos de la sociedad de su tiempo y es aparentemente aplastado por ella. Después de una primera etapa en que da a sus enemigos el beneficio de la duda y les extiende su mano salvadora, muy pronto llega a la convicción de que son muchos los que teniendo ojos no quieren ver y teniendo oidos no quieren oir, porque están satisfechos con sus riquezas, con los bienes de este mundo o porque están bien establecidos en el poder. Paga con su muerte temporal el anuncio de la vida eterna, lo cual significa que esta vida eterna tiene mucho que ver con las temporalidades de los hombres. Pero con su muerte no desaparece de la historia; deja a sus seguidores, a los que de verdad le siguen, un mandato: que recuerden permanentemente su vida y su pasión hasta que El regrese. Y les promete su mismo destino: quien denuncia el pecado del mundo y anuncia la salvación de Cristo será perseguido, será llevado a los tribunales, será asesinado, porque no puede esperar el discípulo un destino diferente al de su Maestro.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Esto es lo que experimentó la Iglesia desde sus primeros pasos. Al querer anunciar y realizar la salvación, se convirtió inmediatamente en signo de contradicción tanto para los judíos, como para los griegos y los romanos. San Pablo, por ejemplo, dirá a los Tesalonicences (I, 2, 19) que su comunidad eclesial es tan verdaderamente eclesial como lo pueden ser las comunidades eclesiales de Judea; y da una razón. No les dice porque tienen la misma fe en Cristo Jesús, ni porque llevan una vida cristiana, sino porque esta fe y esta vida les ha llevado a padecer las mismas persecuciones y los mismos sufrimientos que las iglesias de Judea. Su testimonio ha sido tan patente, su mensaje de salvación tan eficazmente presente entre sus conciudadanos, que no ha podido menos de despertar el odio de estos y la persecución.

Uno puede preguntarse por qué tiene que ser forzosamente así, por qué el anuncio de la salvación molesta tanto a los poderosos de este mundo. La razón es bien simple: porque este mundo, el mundo histórico, está estructurado desde el pecado y es él mismo objetivación y expresión de los pecados del hombre. De ahí que el anuncio del Evangelio sea una permanente colisión contra las potestades de este mundo, contra los configuradores de este mundo. El Evangelio no les ataca directamente en sus decisiones técnicas, sean éstas de orden teórico o práctico; les ataca, más bien, en lo que tienen de sentido último, en lo que tienen de relación con el hombre. El Evangelio, por otra parte, está predominantemente dirigido a los más necesitados y a los más oprimidos, y esta dedicación preferente no puede menos de poner en litigio a la Iglesia, con los causantes directos o indirectos, por comisión o por omisión, de la situación injusta de los pobres. La realización de la justicia está en el Antiguo y en el Nuevo Testamento tan unido al verdadero conocimiento de Dios, que cuando no se combate toda forma de injusticia está uno al margen de los caminos en que se revela y se comunica Dios. La lucha contra el pecado que hace injusticia a los más necesitados es así lugar de la revelación y de la comunicación de Dios. Es el lugar del testimonio y de la eficacia; es el lugar del martirio, porque la persecución de los poderosos de este mundo, de los que mantienen la estructura empecatada de este mundo, esa persecución es la que testifica que la comunidad eclesial lo es verdaderamente, esa persecución hace verdadera la misión de la Iglesia.

La Iglesia puede ser perseguida a veces por defender sus propios derechos institucionales, por sus propias ventajas terrenas; entonces la persecución no es testimonio alguno; es azote de Dios para que vuelva a su desnudez originaria. La Iglesia puede ser perseguida a veces por demostrar de un modo o de otro intereses políticos, apoyo a poderes que aparentemente quieren favorecerla; tampoco esta persecución significa nada, pues si se mete al terreno de los intereses puramente temporales, debe sufrir las consecuencias. Pero cuando la persecución es por anunciar con toda concreción y con toda seriedad la plenitud del Evangelio, entonces la persecución es lo que testifica la genuinidad de su acción; y cuando esta persecución no ocurre, es que está falsificando su misión. No siempre la persecución es prueba de su vitalidad cristiana, pero la falta de ella es ciertamente prueba de que se ha apartado en gran medida del seguimiento de Jesús, por mucho que siga repitiendo los mismos cultos y musitando las mismas oraciones, por mucho que siga manteniendo una aparente ortodoxia doctrinal.

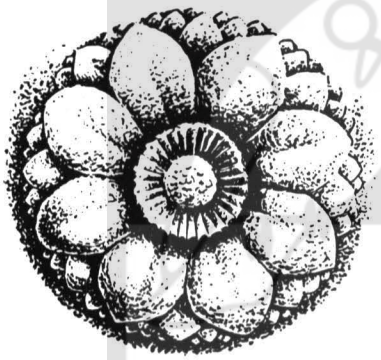
Hoy día esta actitud martirial de la Iglesia, si quiere ser signo eficaz de salvación, parece exacerbarse cada vez más. El mundo entero está dividido y enfrentado: los intereses de clase, los intereses de naciones mantienen al mundo en una fundamental división. Es una situación histórica de lucha donde hoy nos toca vivir. ¿Qué es lo que se le pide a la Iglesia en esta situación? Podría pensarse que su misión debiera ser ante todo conciliadora, que su misión debería ser la de unir a las partes encontradas. Y éste debe ser el sentido último y la intención permanente de sus esfuerzos.. Pero el problema concreto es cómo realizar ese sentido. ¿Será aconsejando a los más necesitados que tengan paciencia pues su sufrimiento en esta vida les acarreará gloria en la eterna? ¿Será aconsejando a los poderosos que traten con mayor benevolencia a los que tienen oprimidos? Obviamente, no. Ni están los tiempos para que estas predicaciones resulten eficaces, ni lo están para que sean ni siquiera tolerables. Al contrario, en la lucha de los pueblos y de las clases oprimidas, la Iglesia tiene que estar por los más necesitados, tiene que estar por los que reclaman la justicia. Y tiene que estar contra todos aquellos, hállense donde se hallen, que son causa de la necesidad y de la injusticia.

Esto no es una acción secular; es una acción estrictamente cristiana, porque es contribuir a que la luz y la vida de Dios se hagan carne entre los hombres. La secularidad se puede dar en los medios. Pero que la Iglesia, como signo visible y dimensión pública, se ponga visible y públicamente al servicio de la justicia y a la lucha contra la injusticia, es algo que pertenece a su esencial misión de quitar el pecado del mundo y de anunciar creiblemente que Dios es la salvación del hombre. La dimensión política de la acción apostólica es algo esencial a la misión pública de la Iglesia, anteriormente e independientemente de los medios que busque para ponerla en práctica. No apelamos aquí al presunto carácter de sociedad perfecta, equiparable y contrastable con el

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

carácter de sociedad perfecta del Estado; se trata de algo más simple y más originariamente evangélico: la Iglesia en su misma dimensión profética y santificadora, como comunidad que hace visible y operante la salvación de Jesucristo, no puede menos de hacerse visible y operante en la historia de los hombres y no sólo en cada una de las biografías personales. La historia de la salvación pasa por la salvación de la historia.

Pero esto mismo hace impostergable la pregunta por los medios. La Iglesia ha utilizado inmemorialmente medios seculares para hacer visible y eficaz su misión. Ha utilizado, por ejemplo, hospitales para mostrar en el cuidado de los enfermos, la caridad que le anima; ha utilizado colegios y universidades para probar su preocupación por la dimensión educativa; ha promovido obras temporales de asistencia para significar su preocupación por las necesidades materiales de los hombres. Con todas estas obras y otras muchas semejantes ha querido hacer palpables su espíritu de amor y de servicio a los hombres y ha querido contribuir a la salvación integral del hombre; desde ambos aspectos se ha ido constituyendo a lo largo de los siglos en signo visible y eficaz de salvación.



La pregunta se concreta, por tanto, en una nueva formulación: ¿cuáles serán hoy los medios adecuados para que nuestra Iglesia, fiel a sí misma y a su tradición siga siendo para nuestros hombres, sacramento de salvación?

Al presentar la pregunta en estos términos hay que suponer varios principios fundamentales. Primero, la Iglesia debe recuperar la totalidad del evangelio y la totalidad del Jesús histórico, porque es esto lo que primariamente debe anunciar al mundo, con la fe inquebrantable de que en Jesús está la salvación del mundo; esto que puede parecer obvio, no lo es, tanto porque se reduce la autenticidad y totalidad del mensaje como porque en el fondo no se cree en la fuerza liberadora del mensaje evangélico. Segundo, la Iglesia debe anunciar la totalidad del mensaje a las personas a quienes quiere salvar, pero también al mundo en el que esas personas deben salvarse; hoy más que nunca el mundo es configurador de las personas, y el mundo es predominantemente una realidad social y política. Tercero, la Iglesia debe inquirir desde el Evangelio en los signos de los tiempos cuáles deben ser las formas concretas, que debe adoptar para hacer creíble y eficaz su mensaje de salvación.

Desde estos tres principios es fácil de ver cómo debe realizar su misión la Iglesia en nuestro medio. Si la realidad histórica muestra que la mayoría de los ciudadanos viven en una situación injusta de opresión y de condenación, si esa realidad histórica merece ser juzgada como pecado social y como fuerza de pecado que impide a los hombres su plena liberación, si la mayoría del pueblo todavía tiene una profunda esperanza en que la Iglesia es cosa de Dios y quiere ver en ella la presencia viva y salvadora de Dios, es claro que nuestra Iglesia debe dedicarse muy de veras a trabajar por la liberación de esa realidad histórica y lo debe hacer primordialmente tomando el partido de los pobres, poniéndose a su lado para que vayan encontrando y realizando su salvación integral. Así la Iglesia va a ser creible, va a ser fiable; así la Iglesia va a purificarse y va a encontrar en el mundo de los pobres a Aquel que se esconde tras ellos.

Ya con ellos, no sólo debe anunciarles la salvación, teniendo fe en que su mensaje es un mensaje que mucho puede contribuir a la salvación de los oprimidos. Debe también participar en todos sus anhelos y en todas sus luchas. Puede, según los casos, contribuir a la organización de las mayorías populares y participar con ellos en sus propios quehaceres, al menos mientras sea necesaria su asistencia. Esto último puede ofrecer sus dificultades. Pero en principio estas dificultades son superables. El que sea algo aparentemente secular no debe ser objeción a una Iglesia que ha adoptado tantas acciones seculares. El que sea algo partidista, tampoco debe ser objeción definitiva para una Iglesia que tantas veces ha tomado partido y no precisamente por los más pobres. Lo único que debe quedar claro como Iglesia es que ella se dedica a que los pobres salgan de su situación injusta, sólo porque esa situación es injusta y no por intereses de dominación; que se dedica a ellos por salvar a todos y para que todos puedan un día ser hermanos, más allá de toda lucha y división. En este trabajo no debe quedarse en la dimensión puramente técnica ni siquiera en la dimensión puramente política; debe mostrar el dinamis-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

mo nuevo que Jesús trajo a los hombres: en la acción histórica debe hacer transparente la presencia de Dios, en la liberación socio-política debe hacer transparente la liberación de Cristo. Solamente así será la Iglesia entre nosotros signo visible de Dios y sacramento eficaz de salvación.

Desde esta doble perspectiva: la Iglesia, signo de credibilidad y la Iglesia sacramento de salvación puede el historiador ser efectivamente historiador y serlo de la Iglesia. La Iglesia es objeto del historiador porque tiene forzosamente un carácter de signo histórico y como histórico, accesible a toda la instrumentación teórica de un científico de la historia; pero como signo apunta a algo que le transciende en una transcendencia que no es salida de lo histórico sino superación en lo histórico. El historiador de la Iglesia puede así investigar cómo ha realizado históricamente la Iglesia su labor salvífica, puede investigar si ese modo de realización es el que necesitaba en cada caso de ella la concreta situación de la realidad histórica, puede investigar finalmente si en esa su realización ha sido signo de lo que debe ser signo. Así se juntan un criterio histórico y un criterio teológico, pero este criterio teológico es, a su vez, doblemente histórico: primero, porque hace referencia a la visibilidad histórica del Jesús histórico y, segundo, porque, aunque sea a modo de signo, se enfrenta con una salvación historizada. No hay por eso ruptura en su labor. Al contrario, si no atiende a la pretensión histórica de la Iglesia de ser más que historia, no puede ser fiel históricamente a lo que es y a lo que ha sido esa Iglesia. Dicho en otros términos fallaría como historiador. El historiador de la Iglesia, si verdaderamente lo es, se constituye así en un participante activo de la labor teológica, que nunca podrá ser lo que debe ser dejando de lado o considerando como pura condición previa el trabajo de los historiadores.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas